

# EL CENTINELA.

## PERIODICO POLITICO.

Se publica, por ahora, todos los Jueves y Domingos por la Imprenta Oriental, calle de San Juan num. 39.  
**PRECIO DE LA SUSCRIPCION**—Por cada 8 números un peso. Por cada número suelto 6 vintenes.  
 Se admiten suscripciones—En la misma imprenta. En la libreria de Hernandez, en la de Don Pablo Domenech calle de San Carlos. En la tienda de Irigoyen calle de San Francisco al lado del viage de ilusion. En el almacen de Varela en la Plaza matriz.

### EL CENTINELA

Los blancos, alentados con la tolerancia y con la impunidad, están tan satisfechos de que tienen ya el triunfo en el bolsillo, que andan ofreciendo proteccion á los colorados, y seduciéndolos para que traicionen la causa de la Patria. Se valen á un tiempo de promesas y amenazas. Ellos aseguran que Oribe no les hará nada si desde ahora se reconcilian con él, y que es falso todo lo que se dice de degüellos y matanzas. Dicen tambien que si nos encaprichamos en hacer una resistencia en esta plaza, hemos de ser fusilados por la espalda; dando á entender con esto, que entre los cuerpos de la guarnicion hay alguno ó algunos con quienes no se puede contar, ó con quienes cuentan ellos para un dia de ataque.

No queremos convencernos de lo perjudiciales que son estos enemigos entre nosotros, y del daño que pueden causarnos con esa libertad de que gozan hasta para conspirar impunemente contra la sagrada causa de la independenciam. Con esas especies no solo hacen vacilar el patriotismo y decision de muchos, sino que derraman la desconfianza entre los mismos cuerpos de la guarnicion, ó entre los gefes que los mandan. Y á decir verdad, tampoco miramos como una pura ilusion las esperanzas con que ellos se alimentan de una defeccion ó traicion en los momentos de una lucha. Si se les deja estar, y andar entre nosotros, pasearse libremente, reunirse en el número, donde, y siempre que les convenga á concertar planes desorganizadores; si no se adoptan las providencias que la opinion pública indica desde mucho tiempo para poner á prueba el patriotismo y la fidelidad de los que se encuentran á la cabeza ó en las filas de los patriotas; ¿qué tendrá de extraño que suceda algo de lo que anuncian nuestros inofensivos y pacíficos enemigos?

Entretanto este asunto es muy sério por

cualquier aspecto que se le mire. Si pensamos en hacer resistencia, es preciso que probemos de antemano la fidelidad y decision de los que han de manejar las armas, asi como se prueban éstas antes de que llegue el caso de hacer uso de ellas, y aun con mayor razon; porque si se rompe una arma en el combate, no es mas que una arma de menos, y su falta no arrastra consigo la de muchas otras. Pero la defeccion de un gefe ú oficial, ó la de un cuerpo, puede traer la ruina y perdicion completa de una causa.

¿Qué se diría del cabeza de una familia, que sabiendo que una partida de ladrones y asesinos debe asaltar la casa, y sabiendo igualmente que entre los miembros que componen la primera hay amigos, parientes, y partidarios declarados del gefe y demas hombres de la partida, y enemigos del dueño de casa, entregase indistintamente las armas ó confiase igualmente la guarda de las puertas ó de las llaves de la casa á los miembros fieles, que á los sospechosos de parcialidad ó complicidad con los ladrones? ¿No estaria mas segura la casa en manos de cuatro personas fieles y decididas que en manos de ocho, si entre estos ocho hay cuatro traidores, que lejos de guardar la casa ó avisar á los demas la aproximacion del enemigo, le abren por el contrario una puerta, y acaso le conducen por la mano hasta dentro de sus piezas, ó le dan avisos de como está ordenada la defensa, para que preparen el ataque de un modo mas seguro? ¿Quien no diria que ese hombre era un nécio, y que iba á ser víctima de una estúpida confianza, de una fatal ilusion acerca de la fidelidad de esos miembros sospechosos, que para conseguir mejor su objeto acaso fingían ser fieles, tomando armas, y haciendo de palabra discursos equívocos y falaces?

Y ¿qué se diria aun de ese mismo hombre, si á pesar de que su mujer, ó alguno de sus hijos, ó de sus fieles criados, le denunciase hechos y discursos, que indugesen una justa sospecha contra los otros, se obstinase

sin embargo en dejarlos estar, en dispensarles la misma confianza, y entregarles la custodia de puntos importantes, sin querer creer, que en su familia pudiese haber cómplices de ladrones, y traidores que la entregasen á su rapacidad y furor? .Dios nos libre pues, de ser nosotros los ilusos; y hagamos de modo que queden las ilusiones para los *blancos*, y la realidad para nosotros.

Centinela!...Alerta!

Alerta está!

---

## CORRESPONDENCIA

---

*Sres. Editores del Centinela.*

Tentados por los acontecimientos políticos que han tenido lugar desde mucho tiempo atras, á los que hemos dado una atencion prolija, nos hemos resuelto á dar algunas plumadas, aunque no muy habiles ciertamente, por no dejar de decir algun dia, que tambien nosotros hemos tomado parte en la importante cuestion del Plata; y estas plumadas, hemos resuelto tambien remitírselas á V., porque dirigirnos al *Nacional*, es cosa á que tenemos aversion, porque somos por carácter humildes, y como su periodiquillo, tiene un *no se sabe qué de popular*, ó cosa semejante, que ni asusta como aquel diario gigante, cuyas cuatro páginas precisan quizá cuatro arrobas de tipos, por no decir quintales, hemos preferido avocarnos á su *Centinela* y espetarle los siguientes renglones que pudieran ser demasiados, porque nuestra cabeza está llena de ideas, sobre el asunto que vamos á tratar, bien que es muy probable que ninguna de ellas, sea nueva; pero Vd. Sr. Editor es periodista, y el primero de sus deberes es tener paciencia. Tambien la hemos tenido nosotros cuando hemos desempeñado su brillante papel de Vd. en esta sociedad tan indulgente ó indiferente, que en el efecto viene á ser lo mismo, porque jamas desprecia pluma alguna; bien que acostumbra á leer siempre de valde las producciones de la prensa. Para ello no precisa sino acudir á la libreria de Hernandez, donde su curiosidad es al punto satisfecha con el mayor comediimiento y amplitud.

Caramba, dirá Vd. con el prólogo! En efecto es largo como asunto de Ministerio; pero vamos ya, Sor. Editor, á entrar en la materia. Antes queremos sí advertir que hablamos en plural, aunque somos uno, por una costumbre que hemos contraido, y sin la que no servimos para el diablo de las cosa, y porque esta manera de decir tiene algo de dignidad, algo de....; de periodista!

Quisiéramos remontar nuestras consideraciones hasta la época en que el tirano Rosas asumió por primera vez el mando de su Provincia, y aun señalar, segun nuestra opinion, las causas que le condujeron de la mano á tan elevado puesto; pero una tarea semejante, ademas de ser árdua, y quizá no de las circunstancias,

requiere estensas páginas para desempeñarla con exactitud y con fidelidad. Empecemos, pues, desde la época del bloqueo frances, y recorramos este periodo de esperanza, de hechos gloriosos y de infortunios hasta la actualidad, con la concision y brevedad que es precisa para sentar ciertos principios que nos son necesarios para el fin que nos proponemos.

El bloqueo frances inicia una revolucion material en el Rio de la Plata: la revolucion moral tenia ya algunos años de curso; Rosas con su pésima conducta administrativa la habia empezado en la República Argentina. Apenas el pabellon frances flamea altivo sobre la blanca espuma del Plata, la civilizacion y la humanidad despliegan sus sagrados estandartes, se colocan al lado de aquel y empiezan una lucha contra la barbárie, contra los principios antisociales que empezaban á dominar con furor en el hermoso y glorioso suelo Argentino. Brama entonces el uracan, rebienta la tormenta, se flaquea y se retrocede. Rosas triunfa, porque sus principios triunfan: la Francia sacrifica por un momento sus intereses á una engañosa justicia. La Francia es derrotada en el Rio de la Plata, porque cae su influencia, y porque sus súbditos residentes en él, la dicen: *nos perdecis, prot stamos, abrid los ojos, aun es tiempo, cometeis un error*. La Francia cierra sus oidos por un momento, y lanza algunos anatemas sobre los que piden la revindicacion de sus derechos, de su renombre, de su fama.

La Inglaterra mira indiferente, por lo menos, sucederse tan importantes acontecimientos; y desde entonces luchan solos en un campo cubierto de sangre la libertad, la generosa libertad contra la tirania y la discordia, la intriga bate sus alas y se pone de parte de la opresion y de los principios desoladores: se dan, se ganan y se pierden sangrientas batallas, y su estruendo despierta á la Francia, y conoce que nada ha hecho, se golpea tal vez la frente y exclama—*me engañé!* La Inglaterra previsora, consumada política, penetra el primer sentimiento de su vecina, se sonrie y la dice—*¡Vamos!*

He aquí la intervencion. Vamos á esplicarnos.

Despues que el poder de la Francia se estrelló inútilmente durante tres años contra el poder de Rosas, ó mas bien contra las funestas ideas que dominan en Buenos Aires, se creyó que la altivez rosina se habia doblegado ante el poder fantástico de la Europa; pero no fué asi. Rosas dobló la cerviz por un momento, pero no la dobló á la Francia sino á sus enemigos que no querian una mera concesion de palabras sino su deposicion absoluta. La Francia creyó asegurado el porvenir de sus súbditos en el Rio de la Plata, y se retiró satisfecha de una conquista que le habia costado ciertamente demasiado. Rosas la silvaba por la espalda.

Purgado este salvage mandon del pánico terror que le habian inspirado los peligros de que salia recién, volvió á desafiar á la Francia con mas insolencia que nunca; el escándalo fué mayor; y la Francia, que hasta entonces no lo sabia, conoció que con los tiranos de la especie de Rosas, de nada sirve un tratado.

Si la Francia hubiera tenido que vengar las injurias inferidas á sus súbditos por tribus absolutamente sal-

vajes: ¿se hubiera contentado con celebrar un tratado con ellos, y abandonar á sus hijos en el seno de esas tribus, á nuevas y repetidas crueldades? ¿Hubiera fiado en las promesas de hombres que arrojan sangre al rostro de la humanidad, que no tienen ley ni Dios? No. Y entonces, ¿por qué fió en los tratados con Rosas?

La Francia si se hubiera propuesto librar al comercio y á la humanidad de la cruel rapacidad de un pueblo de piratas, ¿hubiera dado cuartel á estas gentes que no se les puede compadecer sin ofender á la razon y la justicia? La Francia se hubiera creído comprometida á acordales la seguridad, iguales concesiones á las que les arrancaba, y aun mas—su amistad? No: Y entonces ¿por qué se la acordó á Rosas?

Si una manada de tigres ó bestias feroces hubiera inundado súbitamente á un pueblo, y lo hubiera empezado á devorar: si un número inmenso de individuos de ese mismo pueblo, hubiera escapado á la voracidad y carnicería de los monstruos, y hubiesen dicho á la Francia—*Salvadnos!* la Francia despues de reunirlos bajo su bandera, ó por lo menos, despues de haberlos comprometido á una lucha desigual y esterminadora, ¿los hubiera abandonado bajo las garras de las bestias contra las que habian combatido con tanto heroismo como lealtad? No. Y entonces ¿por qué abandonó á sus aliados á la venganza insaciable de Rosas?

Ved aquí estas cuestiones que tienen una sola solucion. Perdonad á la Francia, no conocia á Rosas.

De otro modo, ella no hubiera celebrado un tratado inútil, irrisorio para volver un minuto despues á una nueva lucha menos feliz todavia, ó para tolerar en silencio el vilipendio con que se le amenazaba—con mas propiedad, los ministros de la Francia no conocian á Rosas.

Recien salen de su error y se persuaden que á la Francia interesa la paz del Rio de la Plata como á las mismas Repúblicas establecidas en sus opuestas orillas: pero ¿quien sabe si se han resuelto á hacer desaparecer el obstáculo general donde irian á fracasar sus loables tentativas para conseguir objeto tan santo! y este obstáculo es Rosas!

Mandando él no puede haber paz porque es un monstruo de ambicion y de crueldad; porque la ambicion es una pasion *hidrópica*, si podemos decir; por que la ambicion y la crueldad no se detienen jamas, menos retroceden.

Mandando Rosas no puede haber comercio porque el comercio tiene horror al ruido de las cadenas, porque las cadenas hacen pobres á los pueblos, y los pueblos pobres no tienen comercio. Porque Rosas confisca y embarga, y los embargos y confiscaciones matan al comercio; porque Rosas detesta y persigue, y oprime y asesina á los extranjeros, y porque sin los extranjeros, nosotros no tenemos comercio.

Mandando Rosas vendremos á quedar reducidos mas temprano, ó mas tarde á un completo aislamiento; y el aislamiento de los Pueblos es anti-social y anti-cristiano, y el aislamiento americano es anti-europeo tambien.

Mandando Rosas, los extranjeros que vengan á vivir entre nosotros no podrán prescindir de mezclarse en nuestras intestinas desavenencias porque ellos serán provocadas por Rosas con el fin de dañar los intereses de los extranjeros.

Mandando Rosas, los extranjeros residentes en la República Argentina, no podrán contar seguras sus vidas, porque Rosas les ha de inmolár impíamente, cada vez que le plazca, á pesar de sus estaciones navales, de sus cónsules y de sus bloqueos; porque lo que Rosas quiere son estos escándalos para aumentar su renombre y su fama, para hacer mas guerrera á su plebe, y porque ya les ha perdido el miedo á las fragatas y artilleria europeas.

Estas consideraciones que deben haber sido, sin duda ninguna, las de la Francia la han resuelto á intervenir, si es que es cierto que interviene, en la célebre cuestion del Plata.

La Inglaterra con menos antecedentes, á nuestro ver, tambien entra á intervenir en esta gran cuestion; y segun parece, ella es la que fija las condiciones, y quien lleva la voz cuando se habla en favor de los intereses comunes; la Inglaterra, queremos decir ¿parece que está á la cabeza de la intervencion estrangera.

Véase, pues, lo que ha conseguido la Francia de Rosas con su celeberrimo tratado: ser provocada á una nueva lucha; empezar una cuestion nueva—*la intervencion*; aun sin contar los innumerables ultrajes que Rosas y sus agentes han inferido ó infieren actualmente á sus hijos.

Esto mismo sucederá á la Inglaterra mas tarde ó mas temprano; por causa de la intervencion tambien porque el carácter vengativo y rencoroso de Rosas, no distingue en la tierra poder alguno. Oh si él pudiera remontarse al Cielo y hostilizar á Dios mismo!

Despues de tan luminosas verdades ¿qué pensarán la Inglaterra y la Francia al intentar pacificar las Repúblicas del Plata? Para que sea tanto el uso de su poder unido que ostentan cuando dicen: *cece la guerra?* es preciso que tenga un único objeto:—“derribar el solio de Rosas!—arrancar de su mano para siempre el acha con que derriba las cabezas humanas” Sin esto no habrá paz jamas: los tratados para los Gobiernos de mala fé son lo mismo que las Constituciones de los pueblos para los tiranos como Rosas y como Oribe. Por Dios! que la Francia y la Inglaterra no nos obliguen á separar de ellas nuestros ojos fatigados ya por las ilusiones ópticas que hemos sufrido en esta prolongadísima como sangrienta cuestion! Haya paz si es posible mañana, hoy mismo; pero sea una paz durable, no una paz aparente, no un breve parentesis abierto á la guerra; sino una sólida paz fundadas sobre los escombros del trono de ese cruel tirano que tanto insulta y escarnece á los mas fuertes y escumbrados poderes de la tierra, como á los espíritus débiles y abyectos que se abaten hasta el suelo sobre que escupe.

*El que otra vez &c.*

*El Constitucional resollando por la herida.*

Hasta ahora habíamos estado en la creencia de que el Editor del *Constitucional* era *colorado*, á pesar de que no habia faltado quienes nos hubiesen dicho mas de una vez, que no lo era, y á pasar tambien de que ciertos artículos, ya editoriales, ya comunicados que han aparecido en su papel desde mucho tiempo atrás, desmentian nuestra cándida fé.

Pero dos hechos notables y recientes han venido á sacarnos del error en que estábamos, y comprobarnos, á no dudarlo, que el tal editorcillo es uno de esos *blancos* á que dirijimos nuestros tiros. El primer hecho consiste en que á la aparicion de nuestro papel no se ha dignado hacernos ni siquiera el saludo de urbanidad, que es de costumbre entre escritores periodistas como lo hizo al punto *El Nacional*. Sin duda no le sentó bien desde el principio el tono en que habíamos templado la guitarra, ó no reconoció en nosotros, por el lenguaje en que nos esplicábamos, á alguno de *sus amigos*.

El otro hecho es un parrafito con que ya de puro enfadado se nos ha venido *ex abrupto* en su número de 26 del corriente, el cual parrafito dice así:—

## EL CENTINELA.

Hubieramos deseado que el periódico que con este titulo se publica en esta capital, como verdadero *Centinela*, en vez de ocuparse de la insercion de Avisos torpes y groseros que á nada conducen bueno, hubiese salido al encuentro de los que con espada en mano, dirijen desde Valparaiso estocadas contra este país, sin que lo haya advertido, todo un Centinela vijilante..

Nuestros lectores, que han visto esos avisos, podrán juzgar si son *torpes* y *groseros*, como los califica el escritor Oribista, ó si esta calificacion no es mas bien un eructo que se le ha venido á la boca sin poderlo reprimir. Los llama torpes y groseros, porque censuran la conducta de los *blanquillos*, ó de los *pastejeros*, que no son menos traidores á la sagrada causa de la Patria. Cuando mas podria decirse que son insulsos; pero aun esto no lo diria sino un *blanquillo*, y si acaso lo dijese un *colorado*, ó un patriota, no sería sino manifestando un pesar de que no estuviesen mas *picantes*.

Por lo demas, para hacernos un cargo de que no salimos al encuentro de los escritores de Valparaiso, era menester que el órgano del partido blanquillo hubiese empezado por demostrar, que habíamos leído los papeles públicos de aquella ciudad, ó que teníamos obligacion de leerlos y de refutar lo que al

escritor Oribista de Montevideo le parezca refutable.

Pero no la tomemos tan sériamente: tales *inepcias* se contestan mejor con el ridículo. Dice que debimos, como verdadero centinela, haber salido *al encuentro* de los que con espada en mano dirijen desde *Valparaiso*, estocadas contra este país...; Qué sarta de disparates en tan pocas palabras! 1.º como verdadero centinela no debimos salir al encuentro de nadie, porque el buen centinela jamas se mueve de su puesto para nada: su objeto no es sino vigilar y avisar los peligros, sin desamparar su puesto hasta morir. 2.º; Qué espadas tan largas deben de ser las de los chilenos, cuando desde Valparaiso nos están tirando estocadas! Podria hacerse una apuesta sobre cual es mas grande, si las espadas chilenas, ó la metáfora del escritor Oribista de Montevideo.

3.º La gallarda metáfora de nuestro *cándido* coescritor supone que los chilenos no se han movido de su tierra para venir á atacarnos, sino que, merced á sus larguísimas espadas, nos tiran estocadas desde Valparaiso, tan á salvo y seguro y con tanto descanso, como los confites que [Dios mediante] arrojarémos nosotros desde las trincheras á los amigos del *Constitucional* si vienen á visitarnos. Pero si los chilenos no vienen á atacarnos, ¿no nos dirá el *órgano blanco* cómo se verificaria, que nosotros saliésemos á su encuentro? Si hubiera dicho que debíamos ir á Valparaiso á quitarles las espadas, ó que debíamos hacerles un quite para que no nos hieran, puesto que alcanzan hasta aquí, la locucion habria sido menos absurda y disparatada, y solo habria tenido para nosotros dos inconvenientes—1.º el que como á centinela de Montevideo no nos correspondia ir á Chile, sino estarnos quietos en nuestro puesto; y 2.º que el viaje es largo y el pasaje caro. Si el *Constitucional* quiere pagarlo por nosotros, estamos prontos a ir á quitarle las espadas á esos chilenos cobardes, que desde tan léjos nos atacan con tanta ventaja.

Volviendo otra vez á formalizarnos, le decimos que ya está conocido en la Cancha, y que nuestros lectores, al ver solamente el enojo que le han causado los avisos, ó mas bien el tono en que escribimos, y lo injusto, impertinente y disparatado del reproche que nos dirige, le han conocido el pié de que coge, y sabrán leerlo en adelante, si es que lo leen, como al órgano de los *blancos*, de los *pastejeros*, y de los traidores.